

Por las antiguas tierras de Talavera: En los campos de Los Alares.

Juan José Fernández Delgado

Por La Jara Alta hasta Los Alares

Este sábado, ancho y primaveral de marzo de 2015, he acudido desde mi Aldeanovita la bien nombrada hasta los confines jareños que se dan la mano en el sur con varias provincias para encontrarme con los amigos de la Asociación Cultural “Montes de Toledo”. Y en el camino, a poco de iniciado, se imponen de pie algunos recuerdos que nacieron por estos pagos en tiempos, ¡ay!, ya muy lejanos, y dicen: “Aquí estoy yo”, y se hacen visibles y casi palpables, y se convierten en compañeros de viaje durante unos momentos, hasta que una curva, o un arroyo o una caseta de caminero en el filo de la ruta los empuja para que se reafirmen otros actualizados y también con carácter. El primero surgió en los llanos del “Trozo”, justo en lo alto del puente que cruza *el Cubilar*, y se instala en una mañana de finales de julio de 1987; y aquí, a lo largo de la barandilla del puente, un grupo inesperado de soldados madrugadores espera “a Godot” y me llena de sorpresa y curiosidad insatisfecha hasta el final de la ruta. Y entrando en Campillo, se impuso la aparatosa figura de un buñuelo bañado en dulcísima y resbaladiza miel y desplaza al grupo de soldados. Era un buñuelo doradito y recién hecho, aún calentito y con saborcillo a limón. Tenía varias jorobas en su rostro que lo hacían más aparatoso y extravagante, y el niño lo cogió sin saber por dónde cuando aquella mujer vestida de negro se lo dio una mañana en que el abuelo Víctor le había llevado con él entre sus negocios del trato... Tanta era la miel del buñuelo que, chorreando, se almacenaba en el cuenco de la mano del niño y después resbalaba por el antebrazo sin darle tiempo a que pudiera atraparla antes de que cayera al suelo...

Cruzado el pueblo, en la cruz de las carreteras que señala a Talavera y hacia tierras extremeñas, aparece otro grupo más abultado de soldados que también espera “a Godot”, lo que aumenta la curiosidad y la convierte en picante aguijón... Y desde esa plataforma que corona el inicio del camino-carretera de Gargantilla, desde sus mismos umbrales, el panorama se hace inmenso y vigoroso y la tierra se siente hinchada de primavera a punto de romperse en olores, colores y sabores: al inmenso fondo, con el norte por horizonte, sobresale la imponente figura de la Sierra de Gredos realzada por el viejo Almarzón con sus barbas blancas, y el lomo serrano extendido por los contornos de La Vera; más acá, salvando las tierras del Tiétar y “los Canchos del tío Enrique”, casi se deja tocar la Sierra Ancha de La Estrella, y aún más próxima, Sierra Aguda, el volcán infantil que jamás cubre de nieve su regia corona, y aquí, cerca de la alquería de Fuentes, “Cabeza el Conde “ y el Cerro del Castillejo”. Por el noreste, valles y hondonadas cruzados por el Huso y otros arroyos surtidores, y cerros en los huecos de los valles, y rañas, montes y oteros, y pueblos acomodados en lo quebrado del terreno, y más sierras vestidas de azul lejano. Todo cubierto del manto verde pagano y oscuro de la jara y del monte bajo. Quiero detenerme en detalles del paisaje, pero los primeros jarales, que ahora invaden las zanjas de las cunetas, se presentan con tío Casildo rozando estas laderas para presentarse muchas tardes desde agosto hasta finales del otoño en la panadería con enormes carros de jara, que ahora abren toda mi infancia en la plana de mi memoria. Tío Casildo era de Campillo y tenía una voz cantarina, una nariz muy afilada y cejas tan largas, que se confundían con las pestañas. Probablemente, naciera en la caseta divisora y rota que parpadea en aquel altillo. Desde entonces, estos campos

fueron su vida de pastor, de jornalero y, al final, dueño de un carro y dos mulas con que acarrea la jara y el monte bajo que arrancaba a la raña y a las laderas para hacerlas olivar, y lo llevaba a los hornos de cal de Puente y a la panadería de Aldeanovita aquellas tardes de agosto y todo el otoño infantil. La llegada de tío Casildo era anunciada por el viento, cálido y oloroso, y por el eco, y por el reloj de la plaza, que daba seis saltos desde la torre de esbelta figura mudéjar cuando cruzaba delante del pilón; luego, el olor fresco y generoso del sudor de la jara, y del tomillo, de la lavanda, del romero y de la mejorana, que emanaban, todos ellos, de tío Casildo, inundaban los alrededores de la panadería. Siempre se presentaba en la panadería tío Casildo con algún regalo para el niño: bien era un puñado de agallas que, por la noche, el niño montaba en una caja de cartón con valor de vagón de tren y paseaba a los viajeros por el calorcillo del cuarto del horno; bien con avellanas o almendrucos que habría cogido de algún almendro solitario y el niño, luego, los machaba junto a sus dedos, o con un puñado de bellotas avellanadas... Era muy mayor tío Casildo: una tarde de mediados de otoño llegó con su carretón de jaras ante las grandes puertas de la panadería y dio al niño su gorra pañosa, cuyo hueco lo llenaba una almorzada de madroños con todos los colores y sabores del otoño, y ya no regresó nunca más...

La carreterita que llevamos ahora por los fueros de la Jara Alta en dirección a Gargantilla, enseña un inmenso valle, a la izquierda, que sólo se detiene ante el cauce del río Huso, la arteria fluvial de primer orden de La Jara, y el Jéballo, allá por los confines de Piedraescrita. Sierra Jaeña, *Los Mogorros* y el inmenso dorsal de la Sierra de Sevilleja cierran el horizonte por el este y marcan la otra vaguada fluvial, y exhiben pueblos vestidos de blanco asentados en las laderas serranas: La Nava de Ricomalillo, en una vigorosa garganta vigilada por *los Mogorros*; Sevilleja, soleándose al resguardo de su sierra, y Buenasbodas intuido al este, detrás de las espaldas de Sierra Jaeña, la del oro más acendrado de España, según el decir de los romanos. Pero hablando de oro por estos lares, se debe creer que han de encontrarse enormes filones extendidos por todas estas sierras, pues así se canta en Sevilleja: “En la Sierra de Sevilleja/ hay mucha plata escondida,/ el labrador que la encuentre/ no vuelve a arar en la vida”. En dirección a Extremadura, enseña sus dientes el dorso prolongado de Altamira para convertirse, luego, en Las Villuercas, y los pinares y castaños de Puerto de San Vicente...

Bajando hasta el río Huso, el auto cruza la vía del tren, que nunca tuvo tren, por la estación de Pizarrita y saluda a dos vagones, ya cansados de viajar, que hacen de hotel y restaurante a deportistas y domingueros y más patéticos los recuerdos de aquellos aldeanos que habían puesto los índices más altos de su destino en el empujón económico de este ferrocarril; y la estación, y los apeaderos y corrales que se levantaron para el ganado, y el puente y los túneles, y las sendas de los raíles, y las ciento y una heridas hechas, inútilmente, a la tierra traen a la memoria a aquellos trabajadores de la vía que venían por las madrugadas a la panadería en busca del *diario* para acudir, andandito, al tajo laborioso de la vía. Aquellas mañanas daban el parte de los trabajos al panadero mientras se cocía el pan, y hablaban entusiasmados de los beneficios de la dinamita: “No hay nada que se resista a la dinamita, Zacarías”, decían al panadero sonriendo y contentos. Pero otras mañanas, tristes y temerosos, comentaban que la dinamita se había llevado por delante a varios obreros, y a otros ha dejado mancos y a otros sin tripas... Aquellas mañanas ensangrentadas el niño no desayunaba ni prestaba atención en la escuela...

Subiendo ahora una tesonera cuesta y llaneando un par de kilómetros, a derecha e izquierda, aparece un mar de cumbres y valles colonizados por la jara, el cantueso, el brezo y la retama y el olor del tomillo... Al final del llano aparece Gargantilla, alquería de Sevilleja con más de quinientos años a sus espaldas que debe su nombre a una pequeña garganta o *gargantilla* que se precipita desde la sierra robusta y cercana; al poco, damos con el Centro

Nacional de Recuperación de Aves entre pinos repobladores llegados de Puerto de San Vicente, encinas, jaras y monte bajo, y con el cruce que nos lleva hacia Anchuras, Anchuras de los Montes y *lugar de leyendas pías*. Una inmensa casquera resbala desde la Sierra a la altura de Sevilleja y, ante el paredón serrano, pienso en su generosidad, pues de sus fondos profundos mana el agua que calma la sed de los pueblos próximos. Especialmente, recuerdo a Río Frío, de los más hacendosos y generosos que conozco, pues en sus 18 kilómetros de vida independiente pone en movimiento diecisiete molinos harineros, esos molinos que enseñan que muele primero quien duerme en molino. Este trabajador riachuelo nace en el corazón de la sierra de Sevilleja y desemboca ahí abajo, en el Huso, junto a la boca del túnel, y es tan hacendoso y honrado que ni siquiera le dejan un buen y bien morir, pues junto a su desembocadura aún persiste el último de los molinos que movía y azuzaba el Molino del Estanco.

También surge el tema de *los maquis* por estos campos, porque uno de esos collados ha de ser el de “Andrino”, donde hombres de la partida de *Quincoces* secuestraron a Felipe Linares Braojos. Pero de *maquis* hablaré después.

El cruce que enfila la dirección hacia Anchuras ha multiplicado el número de soldados parapetados en la parte derecha de la carretera: distendidos, vociferantes, habladores y, aparentemente, sin jefes... Vemos cruzar dos helicópteros en la dirección que llevamos y se pierden detrás del Pico de la Cruz. El brezo, la jara y el tomillo se desparraman por la loma de la derecha hacia el fondo de un ancho valle corrido por el Brama, y el horizonte lo salta hasta chocar contra la barrera azulada de los montes de Helechosa.

La carretera está bien adecentada, pero con muchas curvas y muy pronunciadas, que agradece el conductor porque muestran frondosos valles limitados por lomos montañosos y corridos por riachuelos frescos y tesoneros, y anchos horizontes que van a perderse en los Montes de Toledo al sur, o en la sierra de Altamira mirando al oeste. El río Fresnedoso, llenito de fresnos y de golosos osos que acuden a dar cuenta del sabroso dulce de las colmenas, se cruza en el camino en busca del Guadiana, y la finca El Rosalejo se anuncia por esos alrededores, y la carretera mira impasible y el auto sigue su trote indiferente. Una curva encaramada en un alto enseña el caserío de Anchuras enclavado en un barranco rodeado de cerros y extensas rañas cortadas por valles que riega el Estenilla, mientras busca los prados de Gamonoso y los charcos del reculaje del Guadiana. Un poco antes de entrar en el pueblo –ya lo sabía-, a la vera de un inútil puentecillo crece un arce que se alza con el asombro de todo el vecindario de Anchuras y de cuantos viajeros tienen noticia de su existencia, porque es el único representante de su especie en todos estos contornos: cómo llegó aquí ese ejemplar hace cerca de doscientos años, nadie podrá asegurarlo sin lugar para la duda. Algunos aseguran que llegó hasta ahí mismo desde las Américas... Y por estos parajes creció y vivió durante dos mil añitos, que se dice pronto, la milagrosa encina que todos los habitantes de Anchuras conocían, porque tenía a bien dar bellotas avellanadas con la M de María grabada en su sabroso fruto; y ahí se enseñoreó hasta que Eusebio y sus quintos la cortaron en tiempos repúblicos, y la quemaron, precisamente “un domingo de ramos”...

El fornido paredón que corre paralelo a la carretera y vela por el equilibrio del caserío de Anchuras y las moreras del paseo que lo encumbran, explican el porqué de tanta soldadesca por estos lugares aquella mañana de finales de julio: los soldados se han cuadruplicado y aparecen por todo lo largo del paredón y del paseo de Anchuras: ríen, vociferan, beben agua y cerveza, fuman a discreción y tienen la camisa desabrochada dos botones más de lo militarmente reglamentario; muchos están sentados en el dorso del muro, otros en los bancos del paseo y algunos grupos hablan y ríen de pie, y todos ajenos a lo que hasta allí les ha llevado. Varios helicópteros dan vueltas alrededor del casco urbano dejando un ruido ensordecedor. Un grupo de oficiales habla a la sombra de una acacia y los politiquillos de turno esperan la

fotografía en la sombra de una frondosa morera... Estamos a finales de julio de 1987 y se habla con mucha fuerza del trueque del Campo de Tiro en Cabañeros por el del “Rincón de Anchuras”, voceado y aplaudido por Bono, Bono el de los caballos y el de *podemos*...

Ahora me dice un aldeano que cruzando el pueblo encontraré un camino de firme estable que, sin soltarlo, nos llevará a Los Alares. La airosa casa rural, de envidiables vistas, nos despide del pueblo, y algunos huertos y olivares bien podados jalonan el camino-carretera hasta abandonar los primeros alrededores; luego, el brezo, la jara, el tomillo, torvisco, lavanda, pinos repobladores y chaparros se adueñan del paisaje, y valles profundos, y estribaciones de la Hiruela cruzadas por caminos-cortafuego. Atravesamos un arroyo, el Linchero, por un puentecillo en curva, y otro sin nombre, y el Carabillo, y un paraje bautizado como Navapeones allá por los inicios del siglo XVI, en recuerdo de aquellos obreros que trabajaban las minas preñadas de minerales preciosos escondidas por estos andurriales, y cuestecillas pronunciadas con ahínco. Un pinar repoblador busca al Estenilla, y olivares pulcros y acicalados; el cementerio y unos huertos anuncian el final de los doce kilómetros y la proximidad de Los Alares, donde espera el grupo de excursionistas *monteños*. Y en Los Alares buscamos el autobús y el inicio de la ruta que hemos de recorrer a pie.

Por el paraje de la *Fresneda*.

La mañana es espléndida, azul y ancha. El sol se enseñorea de todos los contornos y calienta la hora de manera agradable y la primavera se brinda con muy agradecidos anticipos: las tierras están cuajadas de agua, los campos se han vestido ya de verde pagano y hay florecillas blancas y verdes a la vera del camino. Una liebre corre asustada y un bando de perdices remonta el vuelo y se posa en un claro del jaral...

En el mismo filo de la carretera que llega a Valdeazores para darse la vuelta allí mismo, la emprendimos a pie en dirección a Horcajuelos por un camino de tierra que se empina, pero con moderación, y un olor cálido y familiar hecho de tomillo, espliego, romero y lavanda nos saluda en el inicio mismo de la ruta, y la ingenua candidez de una hermosa flor, sólo una, de jara desorientada, tan cándida y desorientada que la anoto en mi cartera para guardarla junto a mi corazón. Y como el camino se estira por una penillanura, enseña a la izquierda de la marcha una inmensa hoja de la que se ha hecho reina absoluta la jara, acompañada del cantueso, del brezo y de la retama, y por el verde pálido del torvisco; de vez en cuando, aparecen chaparros salteados y cornicabras, y todo el monte se extiende hacia la base de la Hiruela: por la derecha, se abre un valle en la raña que baja hasta el Estenilla, camino de Valdeazores. Hay también olivares nuevos perfectamente acicalados; y saltado el río, más olivares en perfecta formación y pinos foráneos aferrados a las barbas de la ladera que aprisiona el horizonte. A ambos lados de la ruta, se ven caminos que, de repente, se pierden vaya usted a saber dónde y hacia adónde, y dorsos de sierras preñados de agua. De uno de ellos, del Risco de la Tejadilla, nace el arroyo Tejada que, lleno de generosidad y de tesón, corre diligente hasta los umbrales de Los Alares para saciar la sed de los vecinos. También a la izquierda del camino, descubro una mancha niquelada entre el verde pagano del monte y un claro del jaral: es una poblada colmena, y en la parte del lado de allá que salva el río, junto al paredón de un primoroso olivar trepador, relumbra otra familiar colmena. Más jara pringosa, y chaparros, y brezo, y escaramujo, y criadillas que ya barruntan la superficie y se disponen a quebrarla. Entre todo ello, levanta el vuelo un bando de perdices y se pierde entre la fronda del brezo y lo espeso del tomillo...

A la vera del camino, aparecen líquenes aferrados a los troncos de las jaras y de los chaparros, y surge una voz informadora argumentando las excelencias de una infusión de líquen para las vías respiratorias, y añade que los líquenes se desarrollan, principalmente, en las zonas húmedas y en las umbrías, como hongos que son. También en rocas y en las cortezas de algunos árboles, “roble, encinas, troncos de jara, como veis”. En cualquier caso, se desarrollan en zonas ajenas a la contaminación atmosférica. “Por eso son utilizados como indicador biológico de la calidad del aire, porque detecta rápidamente la presencia del dióxido de azufre en el medio”, completa Gustavo.

-Y ya que hablamos de infusiones, aquí encontramos plantas con remedios para todos los males. ¡Bueno, para muchos! Ahí está el brezo, cuya infusión es buenísima para combatir las infecciones de las vías urinarias, el reuma, la insuficiencia renal y cardíaca, y la gota –informa Óscar, el vigilante de estos pagos de égloga-. Y el escaramujo, y el espliego albar, y el simple espliego... El espliego tiene dos usos medicinales: externo, pues su aceite es mano santa contra los dolores reumáticos y de articulaciones y contra cualquier clase de golpes. Y como infusión, muy bueno contra trastornos nerviosos y gastrointestinales.

-Y el cardo –añade Gustavo-. ¡Menudas sopas de cardo...! Buenísimas. Tradicionalmente lo usaban los campesinos como remedio contra la tos, contra los problemas de vejiga y las heridas mal cicatrizadas, y el zumo fermentado de sus tallos se empleaba para animar las fiestas y los carnavales.

-Y la lavanda, además de su maravilloso olor –continúa Óscar cortando una ramita y

dándomela para olerla-, tiene también numerosas aplicaciones: para el asma, para fortalecer los cabellos delicados, como remedio contra las contusiones y para reponerse después de enfermedades duraderas, para desinfectar la piel, para los dolores reumáticos, y contra el insomnio, la jaqueca y los trastornos nerviosos, como el espliego.

-Pues mira, ya que veo ahí un laurel, -añade Gustavo bajando hacia el Estenilla-, os diré que es muy bueno contra el cansancio. Verás: pones a macerar unos 500 gramos de hojas en unos cinco litros de agua durante 48 horas, preparas agua para bañarte y echas el líquido de la maceración. También es muy eficaz una infusión de hojas desmenuzadas antes de acostarse. Y ya que vemos tanto tomillo, os diré que lo utilizaban los egipcios para embalsamar los cadáveres. Con fines medicinales, se cortan las hojas más tiernas y se ponen a secar durante el verano; luego, se echan en agua hirviendo y se toma la infusión en pequeñas dosis, y es muy eficaz para la tos, los calambres y, además, actúa como desodorante.

-Guardas unas ramas de tomillo en una bolsa y metes la bolsa en el armario de la ropa y el perfume campero te acompaña todo el año -dice Laura.

-Déjame, Gustavo, que añada una nota mitológica y otra literaria sobre el laurel -pido yo mismo-, planta noble entre las más nobles, pues es el símbolo de Apolo, dios de la belleza y de la juventud. Todos sabemos que a los triunfadores, a los ganadores en las competiciones, se les agasaja con una corona de laurel, porque eso mismo hacían los romanos con los generales que regresaban triunfadores. Y es así porque quiere la mitología que el laurel sea la transformación de la hermosísima diosa Dafne, que, perseguida por Apolo, fue transformada en laurel. En ese momento, Apolo, sin dar crédito a lo que veía, cogió dos ramas del laurel, las trenzó e hizo una corona, que es con la que se distinguía a los generales victoriosos, mientras decía: “Al menos, tú serás mi árbol”, por lo que es el símbolo del alegre dios. Y añado, que el laurel protege de los fuegos celestes, llámense rayos, granizos malintencionados, o centellas o pedruscos asoladores, por lo que los nativos de mi Aldeanovita la bien nombrada estamos doblemente protegidos: por el laurel que crece en casi todas las casas y, sobre todo, por San Bartolomé, que nos protege desde la hornacina de la iglesia contra esos fuegos devastadores. Y en cuanto a nota literaria referente al laurel, baste con recordar el soneto de Garcilaso de dicado a Dafne, que empieza: “A Dafne ya los brazos le crecían! Y en luengos ramos vueltos se mostraba;/ en verdes ramas vi que se tornaban/ los cabellos que,l oro escurecían”... Y ya que estoy subido, dejadme que añada una nota etimológica, aunque incompleta por no alargarnos: ¿Sabéis de dónde proceden las palabras *bachiller* y *bachillerato* y *laureado*? Del latín *BACCAELAURIATUS*, que significa “coronado con bayas de laurel”. *Bachiller* (de *BACCA-LAURIUS*), por su parte, viene a decir que el alumno así nombrado ha recibido los laureles de su título académico.

-Pues es la primera vez que me explican el origen de la palabra “bachiller” -dijo una joven que dijo estudiar segundo curso de bachillerato...

-Y ahora pregunto a estos dos jóvenes por los remedios que nos puede ofrecer la sudorosa jara, porque algunos aportará, aparte de su olor y de su hermosa flor, y de su honradez, y de...

-Muchos -dicen los dos a dúo-. Para empezar -continúa Gustavo-, ese líquido que suelta y tú llamas “sudor de la jara” se llama ládano, tiene muchas propiedades terapéuticas, y se usa también en la industria de la perfumería. Sirve para mejorar casos de gastritis, úlceras duodenales, problemas digestivos, y como sedante es buenísimo, sobre todo contra los nervios.

-También, como infusión -amplía Óscar-. Echas una pizca nada más de ládano, sólo una pizca...

-Sí, porque la jara mal aplicada es tóxica -interrumpe con información Gustavo.

-... en una taza de agua hirviendo, y te lo tomas. Nunca más de tres infusiones al día. Y

también su aplicación es externa: machacas toda una planta y te la aplicas a la contusión en forma de cataplasma –acaba Óscar.

-¡Vaya lección de farmacología que nos habéis dado!

Y entre jaras, romero y torvisco...

-El torvisco también ofrece sus beneficios –interrumpe de nuevo Gustavo-. También se conoce la planta como “leño gentil”, pero es irritante, por lo que una dosis elevada es veneno puro, incluso mortal. Por eso tiene una aplicación exterior. Del torvisco se emplea como medicina la corteza, de modo que su cara interna quede en estrecho contacto con la piel: cortas un trozo, lo metes en agua con vinagre durante dos horas y te lo aplicas después en la piel dañada.

Y entre jaras, romero y torvisco, decía, hemos llegado junto al grupo de excursionistas que están en las orillas del Estenilla: una especie de explanada hozada toda ella por laboriosos jabalíes y empinada por robles, algunos olmos y abedules y por fresnos. Desde allí, mirando hacia Rocigalgo, se divisa una corrala abandonada y Óscar me informa de que se trata del “Molino de Pajares”, y eso ya es hablar de *maquis*. En efecto, eso ya es hablar de *maquis* porque estos parajes montunos fueron corridos por varias partidas en viajes de ida y vuelta y, también, concebidos como refugio privilegiado por su frondosidad y su fragosidad, que permitían actuar y vigilar sin ser vigilados. Precisamente, el día 20 de noviembre de 1945 se presentaron en el dicho molino cuatro hombres de la partida de *Quincoces* armados de mosquetones, carabinas y pistolas y secuestraron a Juan Gómez Gómez, natural y vecino de Los Alares, y exigían por su libertad 30000 mil pesetas; y como sólo recibieron 7000, le pegaron cuatro tiros, uno cada forajido. Y en diciembre de ese año, acusados de colaboradores por la guardia civil, fueron detenidos numerosas personas de Robledo del Buey y otros tantos de Los Alares: Crescencio, Agustín, Gregorio, Marcelino...

Sí, desde los altos tiempos de la Edad Media los Montes de Toledo y estos parajes quebrados y montunos de La Jara y de Los Montes han servido de refugio a golfines, bandoleros y forajidos, guerrilleros antifranceses, liberales y carlistas, entre ellos Blas Romo, natural de Los Yébenes, que por aquí anduvo en la primera guerra carlista después de haber participado en el *Pronunciamiento* de Talavera, y *maquis* de penúltima hora. Por eso, en el extremo sur de estos contornos, ya en la provincia de Ciudad Real, anduvo *El Manco de Agudo* y los suyos, y *Chaquetalarga*, que se extendía hasta la Puebla de Don Rodrigo y las Hoces del Guadiana; y *El Comandante*, entre los terrenos de los *Montes* y esta parte suroeste de La Jara; y *El Rubio de Navahermosa*, por las anchas extensiones monteñas de Los Navalucillos y Retuerta del Bullaque. Pero quien ejerció sus dominios por estos pagos, elegidos como escondites de invierno, hasta la Sierra de Altamira y las Villuercas, fue *Quincoces*, nativo de Aldeanovita, y los suyos, algunos de los cuales por aquí encontraron la muerte, entre ellos su propio hijo, conocido como *Salamanca*, precisamente en la “Sierra de Los Alares”. Sí, atracos y asaltos: cinco hombres de *Quincoces* asaltan la casa de una huerta de Piedraescrita y la casa de los guardas de “Rosalejo”; secuestros: hombres de *El Manco de Agudo* secuestran a Victoriano Cuéllar Iglesias, de Los Alares, y exigen por su libertad 20000 pesetas y, aunque la guardia civil impidió la entrega del dinero, tres días después le dejaron en libertad; detenciones en la finca de “El Membrillar”, de Anchuras, a Francisco López Prieto... Más muertes: a mediados de enero de 1946 fueron muertos varios miembros de la partida de *Quincoces* – *el Acero* o *Carabanquillo* y *Calixto* o *el Compadre*, entre los términos de Piedraescrita y Los Alares; creaciones de destacamentos de la Guardia Civil para perseguirlos, como el de “La Solana” en el Cerro del Chorro, en el término de Los Alares que, luego, se trasladó al mismo casco urbano de la alquería...

La hora es alta y apacible y el cielo azul completo. En el regreso, acompañamos un buen

trecho al Estenilla, que corre con tesón entre juncos y peñascos y poleo, mientras reparte en dos las lindes de Los Navlucillos: la parte de acá, donde estamos y de donde venimos, que pertenece a La Jara; y la de ahí mismito, la de la otra orilla del río, que señala el confín de la comarca de Los Montes toledanos. Hablamos, reímos, gritamos al hacernos fotografías y espantamos un bando de perdices que se detiene en el arranque de un olivar trepador, ya de Los Montes. Las hozadas de los jabalíes se multiplican por estos frescos punteados por zarzales y algunos bellos ejemplares de espinos-albar. También hay algunos álamos blancos y otros negros, zarzales, juncos y tamujas, y olores cálidos y aromáticos, y silencio, y paz y silencio cuando enmudece la algarabía de los excursionistas. Otro bando de perdices, volando casi a ras del suelo, inicia el planeo para aterrizar en la media ladera. Por aquí crecen alcornoques, algunos madroños, cornicabras, y junto al río veo algunas peonías...

Iniciamos la subida, cómoda y muy llevadera, y Óscar señala un lugar muy concreto en el filo de la marcha donde los *maquis* mataron a un hombre honrado por no tener 8000 pesetas para ser rescatado. Y allí mismo, cerquita del pueblo, vuelve a surgir la candidez de la jara, ahora con dos flores, dos, ingenuas e infantiles, recién hechas, visitadas por sendas abejas madrugadoras. Y cerca del pueblo, desde donde se ve el edificio de las antiguas escuelas de Los Alares, aparecen olivares cercados con paredes de mampostería, otros con alambradas y otro olivar, cayendo al Estenilla, en plena libertad, es decir, sin alambra.

-Mira estos olivares –me pide Óscar-. ¿Qué diferencia ves entre las olivas de unos y otros olivares?

Y como prolongara mi observación sin pronunciar palabra, insistió: “Están todas podadas, ¿verdad?”, y verdad era.

-Pues fijate que las olivas cercadas tienen el ramujo bastante bajo, mientras que las que están, digamos, libres, lo tienen hasta donde llega la boca de los ciervos.

-¡Es verdad! –exclamo con la boca abierta.

-Hasta aquí, hasta las mismas puertas del pueblo, llegan los animales, y como aquí –decía señalando el olivar cercado-, no pueden entrar, las ramas crecen a sus anchas y a gusto del dueño, que las corta como quiere. Pero en terreno libre, ya ves lo que pasa: acuden los animales y comen hasta donde llegan con el pescuezo estirado y empinados sobre las pezuñas traseras.

-Otra lección, Óscar, que anoto en mi cartera.

El cacareo de unas gallinas detrás de las puertas de un corral y un huerto acicalado con árboles frutales traen el decir de la alquería, y entramos en ella por su parte más alta.

Por los feudos de Los Alares.

Para dejar las cosas claras desde los principios, digamos que este curioso pueblo pertenece a los tentáculos administrativos de Los Navalucillos, pero sus tierras se reparten entre La Jara y Los Montes, tajo fronterizo, como dije antes, trazado por el alma del Estenilla. Y digamos también desde los principios, que su nombre es plenamente gramatical, porque es el plural de *Alar*, así de sencillo. Y mencionar *alar* es hablar ya de cosas serias, porque así se llamaban las trampas, a modo de cepos o perchas, que unos vaqueros de Espinoso, que tenían a bien sestear sus ganados por estos lares, daban en tender estas trampas para cazar pájaros, sobre todo perdices, tan abundantes por estas tierras de frescos prados y risueños manantiales que las hacían feraces en hierbas. Por la mañana, el señor Baltasar, que así se llamaba el dueño de las distintas manadas de vacas que por allí comían y *cucaban*, mandaba a los más jóvenes de los vaqueros que fueran “a los *alares* a recoger la caza para el almuerzo”. Y estos vaqueros construyeron las primeras casas con materiales de estos alrededores, y se da por cierto que la primera que se levantó fue la del “tío Román”. Y estos vaqueros, atrajeron a vaqueritas, y éstas a otros y otros vaqueros y se formó la alquería de Los Alares que, por estar anclada en la jurisdicción de Los Navalucillos, depende administrativamente de esta población, aunque eclesiásticamente perteneciera a la parroquia de Piedraescrita.

Y nombrando la parroquia de Piedraescrita, anclada en la mitad del camino que va a Guadalupe, es nombrar el enigma de su levantamiento, y su apreciadísima cerámica talaverana del siglo XVI, y sus pinturas románicas y sus más de ciento treinta colmenas... Quiero decir con todo ello que hasta estos lares llegarían los tentáculos administrativos del monasterio de Guadalupe, porque si no, a qué se debe que en el siglo XVIII los jerónimos de Guadalupe fundaran una casona con valor de laboratorio para lavado de cera en Los Alares, que después fundían para fabricar toda clase de materiales. Y ahí está la casona, de hechura renacentista y vestida de blanco coronando un alto del pueblo...

En cuanto al caserío, resulta grato de ver que la rasilla renovadora aporta comodidad a lo antiguo y tradicional: casas antiguas buscan su comodidad; se levantan otras de nuevo cuño, una calle cimera se adecuenta totalmente, el arroyo Tejada se estira hasta todas las viviendas y corre por las tuberías canalizadas. Muchas veces, en numerosísimas ocasiones la rasilla y el ladrillo han sido nefastos para nuestros pueblos y, también, ciudades, porque han arrasado con todo lo poco (o mucho) que de tradicional había en nuestras aldeas, por considerarlo *viejo y roñoso*. Así, han desaparecido bellos rincones callejeros que guardaban el calorcillo vespertino para que las mujeres se caldearan mientras cosían o remendaban el pantalón. A veces, si apretaba *Lorenzo*, las mujercitas colgaban una sábana o manta para esquivar su bravura; y fachadas redondeadas que imitaban antiguas construcciones celtas, o balcones doblemente curiosos: por su factura y rejería y por su posición de vigilante popular; o el pilón, o la fragua, convertida en vivienda de cuatro pisos ¡sin escalera!, o un puentecillo que salvaba el arroyo, o la torre de la iglesia o del ayuntamiento de bella estampa mudéjar... Sin embargo, en Los Alares estos desmanes albañileriles no se hacen presentes, al menos, para el visitante, lo que aplaude y agradece.

Callejeando mientras buscamos el bar de Carmelo, que nos dará de comer y de beber, dimos con la fábrica de cera que levantaron los frailes de Guadalupe en el siglo XVIII, en la que fundían cera de abeja para fabricar materiales. Ahí se alza con su planta rectangular vestida toda de blanco. Quedamos en que luego la visitaríamos... Encontramos también una casa en un ancho frontal doblemente curiosa, también: está renovada, pero de manera excesivamente tradicional: rasilla y mampostería, resaltadísima, sin embargo, por una señorial puerta de doble hoja y numerosas filas de clavos de orondas cabezas. Esa mezcla de lo tan primitivamente

popular y lo señorial de la puerta que cierra un trastero, disuena desde que doblamos el brazo de la esquina y se muestra en lo alto de la calle. Tiene, no obstante, la casa otra originalidad superior, rayana en el milagro, pues en la mitad de la pared se abre una hornacina pequeñita en la que cabe una estatua de la Virgen, quizá, la del Rosario y unos ramitos frescos de flores y dos ramitas de geranio.

-Ésta es la casa en que se venden los mejores pasteles de todos estos alrededores –dice Óscar-, y esta señora es la que los hace.

-Pues los probaremos antes de marcharnos y nos llevaremos algunos ejemplares para que nos acordemos de las hacendosas manos de la señora. Pero...

-Usted va a preguntar por la Virgen. ¿Qué hace esa estatua ahí, sin reja y sin ninguna protección?, seguro que se pregunta –dice la señora.

-Claro, claro, eso mismo me pregunto. ¿Lleva mucho tiempo ahí, en la hornacina?

-No, un par de meses. Ahora le cuento. Ve usted que aún estamos de obra, como indica ese montón de arena –dijo señalando debajo de la estatua de la Virgen. Pues nada más empezar la obra, trajo un muchacho de Anchuras un camión de arena y ahí apareció la Virgen, entre la arena.

-¿Y le han dado ya alguna advocación...?

-No, sólo la Virgen aparecida.

-Pues yo les doy uno para que se lo pongan: La Virgen de las Arenas. ¿Qué le parece?

-Muy bien. Me gusta. Hablaré con Adela a ver qué dice.

-Y dice usted que el muchacho trajo la arena de Anchuras.

-No, que es de Anchuras o de Gamonoso.

-Pues resulta que es el hijo de *Plancha*, descendiente de Aldeanovita. Hablaré con él a ver si me dice dónde cargó el camión. Muchas gracias, señora por su información.

-Que no se le olvide venir luego a comprar unos pasteles...

-Procuraré que no. De todas formas, esta Semana Santa volveré por aquí para que me hablen de los *maquis*, de los *maquis* de Aldeanovita, que por aquí cometieron más de dos fechorías.

Cuando llegamos al bar de Carmelo, ya estaban todas las mesas ocupadas, por lo que comimos en la terraza, gobernados por un sol agradable y agradecido. Muy rica, la caldereta; la refrescante ensalada, buena y abundante; la fritura, bien pasadita y casi crujiente... El vino, un punto más alto en calidad de lo que ocurre en otras ocasiones semejantes. Sólo faltó que el café hubiera sido de puchero, porque el sol, durante la hora y media que echamos en la comida fue hartamente benevolente y comedido.

Después del postre, aún quedaban dos puntos más en la programación: unas palabras sobre los *maquis* que yo mismo pronunciaría, pero “y que” como la hora había avanzado más deprisa de lo que se deseara ya no había lugar (lo que agradecí y mucho al reloj) y que Óscar nos diera un paseo ilustrado por el pueblo, que tampoco fue posible. Visitamos, no obstante, la iglesia, pequeñita, de una sola nave primorosa y acicalada, que cuida y mimas Adela. Es del siglo XVIII y es nombrada Nuestra Señora del Pilar, advocación que señala la fiesta del pueblo.

Sobre la bendición de la iglesia de Los Alares, me ha pasado mi amigo Domingo, natural y vecino de Anchuras y conocedor de su historia y de sus contornos... Fue un gran día para aquellos aldeanos el 13 de abril de 1887, fecha de la bendición: vino gente de los alrededores y “a muchos se les veía derramar lágrimas de ternura alegría, al ver que, a pesar de los estragos que está causando la indiferencia e incredulidad, llaga fatal gangrenosa que está corroyendo la sociedad moderna, aún hay quien está levantando Templos en honor del Dios de los ejércitos y de la sin par María, para quienes sea todo honor y gloria, bendición y alabanza”.

Ahora, en la calle, alzo la vista y el pensamiento y pueblo estas callecitas de gente

festiva, endomingada y rumbosa festejando que, después de cinco años, la iglesia volvía a tener culto. Imagino chocolate espeso y calentito en jícaras de boca estrecha, bizcochos y tostones, buñuelos chorreantes de miel recién hecha y una limonada por parte del ayuntamiento. Luego, baile hasta que el cuerpo aguante al ritmo del manubrio...

La tarde se ha hecho a sí misma y se ha echado encima. Las sombras empiezan a cruzarse en el camino y se impone emprender la marcha, no hacia Aldeanovita la bien nombrada sino hasta Toledo, la imperial.